

‘Tan cerca de Estados Unidos...’: Reflexiones sobre el proceso de civilización en los Estados Unidos¹

Stephen Mennell².

University College Dublin, Irlanda.
Stephen.Mennell@ucd.ie

Traducción de:
Daniela Hernández y
Mauricio Márquez Murrieta

Resumen.

La percepción que se tiene en el resto del mundo de Estados Unidos, especialmente por parte de los europeos, tiende a estar demasiado influida por la imagen de los colonos protestantes de Nueva Inglaterra. En este artículo se discute la historia de este país bajo la perspectiva, tanto de la teoría del proceso civilizatorio (o des-civilizatorio) de Norbert Elias, como la contenida en la obra *The Americas and Civilization* de Darcy Ribeiro. Aunque a diferencia de

1. Publicado con la autorización del autor. Recibido el 26 de abril de 2009. Aceptado para publicación el 12 de junio de 2009.

Los editores de Subjecivitas se hacen responsables del error cometido en el título que hasta esta fecha había llevado este artículo. Los editores de Subjecivitas ofrecen a sus lectores una disculpa por dicho error. El título correcto que debe llevar este artículo es el arriba ofrecido, el cual corresponde de manera fiel a la traducción del título que lleva el artículo en su versión inglesa.

2. Stephen Mennell es Profesor de Sociología en el University College Dublin, Irlanda, miembro de la Royal Irish Academy y miembro extranjero de la Royal Netherlands Academy of Art and Sciences, de Holanda. Es igualmente miembro del Consejo de la Norbert Elias Stichting, en Amsterdam. Escribió un estudio clásico sobre el trabajo de Elias (*Norbert Elias: An Introduction*, revised edition Dublin: UCD Press, 1998) y es Editor General de las Obras Completas de Norbert Elias en inglés, en vías de publicación por la UCD Press. Su trabajo más reciente se titula *El proceso civilizatorio Americano (The American Civilizing Process)* (Cambridge: Polity, 2007)).

Sugerencia para citar este artículo:

Menell, S. (2009). “Tan cerca de Estados Unidos...”: Reflexiones sobre el proceso de civilización en los Estados Unidos. *Subje/Civitas*, 4. Consultado el [fecha] en <http://www.subjecivitas.com.mx/num4/menell-tan-cerca.pdf>

muchos países de Europa Occidental, en Estados Unidos nunca hubo una única élite monopólica como modelo a seguir, ni tampoco clases nobiliarias, sí existieron varias aristocracias en competencia. La clase-media instruida (*Bildungsbürgertum*) del norte ha predominado en la percepción de Estados Unidos a expensas de la *Junker* sureña; cuyo legado político y cultural sigue, no obstante, siendo significativamente importante, notablemente en el comparativamente alto nivel de violencia que aqueja a la sociedad norteamericana de hoy en día. Al respecto, se examinan las particularidades del proceso de formación del Estado en la Unión Americana —la conformación del monopolio más o menos efectivo del uso legítimo de la violencia—, así como su prolongación en la formación imperial. Irónicamente, justo cuando su renombrada igualdad comienza a verse como una especie de falsa conciencia en una sociedad crecientemente desigual, la élite de Estados Unidos se ha convertido en un modelo a seguir para el mundo entero; precisamente al mismo tiempo en que este país sobrelleva un proceso de des-democratización y en que los errores de percepción sobre el resto del mundo, junto a la cada vez más pobre visión a futuro de sus gobiernos, se están convirtiendo en un serio problema para la política mundial.

Reflexiones sobre el Proceso Civilizatorio Norteamericano.

Norbert Elias dijo que los sociólogos debían ser ‘cazadores de mitos’, dedicados a rastrear creencias populares parcialmente descubiertas (Elias, 1978, pp. 50-70). El hecho de que la simple exposición de tales creencias al impacto de evidencia obtenida por académicos, evidencia que pondría en tela de juicio su solidez, fuera suficiente para eliminar tales mitos como presas de caza, y fuera, así, suficiente para traerlos a casa y para colgarlos, como trofeos, en los muros de nuestros departamentos universitarios, es un hecho bastante cuestionable. Aún así, nuestra tarea es ponerlos en tela de juicio, y entrar en debate con aquellos que desean mantenerlos vivos en la gran reserva de presas de caza de la opinión pública.

En mi reciente libro *The American Civilizing Process* (Mennell, 2007), me he propuesto vislumbrar qué tanto la teoría de Norbert Elias acerca del proceso civilizatorio y descivilizatorio, requiere ser modificada a la luz de la historia de los Estados Unidos, y cuál es la extensión de su intacta aplicación al estudio del desarrollo de ese mismo país. Su teoría (Elias, 2000 [1939]) fue, en sus orígenes, desarrollada principalmente sobre la base del desarrollo social de la Europa Occidental. Aun así, creo que, de manera general, se sostuvo bien ante la evidencia Norte Americana, y arrojó una interesante luz acerca de distintos aspectos de la narrativa convencional norte americana producida alrededor de su propia historia.

Quiero empezar por poner en cuestión tres mitos interrelacionados, los cuales son creencias populares acerca de los Estados Unidos que, a su vez, son ampliamente sostenidos entre los estadounidenses mismos y que también son ampliamente aceptados entre

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

los europeos. Creo que es altamente improbable que esos mismos mitos sean aceptados en México o incluso en América Latina, así como notablemente lo anotó Porfirio Díaz: ‘Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos’.

La primera suposición común es esa según la cual los Estados Unidos es esencialmente europeo en su carácter, lo que Louis Hartz (1964) llamó una ‘sociedad fragmento’ de Europa, y por extensión, la suposición según la cual los norteamericanos son ‘gente como nosotros’ (Mennell, 2007, pp. 1-4).

Esta suposición ejerce una particular influencia en el Reino Unido porque los norteamericanos (o la mayor parte de ellos) habla inglés y, en mi experiencia, eso es suficiente para convencer a la mayor parte de los británicos de la idea de que los ‘Europeos’ de Europa continental, son para los británicos mucho más ‘extranjeros’ que los norteamericanos.

Sí, afirmativamente los Estados Unidos empezaron como un fragmento de Europa que rompió políticamente con esta última hace un par de siglos, pero también lo hicieron esos países que actualmente llamamos ‘América Latina’ y nosotros aún tendemos a pensar en ellos como distintivamente no-europeos en su carácter general (véase: Huntington, 1999). Charles Jones (2007) ha llamado la atención sobre esta anomalía, con el argumento que los Estados Unidos es mucho más como América Latina y mucho menos como Europa Occidental de lo que estamos acostumbrados a pensar. Para simplificar su complejo argumento, Jones sugiere que los Estados Unidos y sus vecinos hemisféricos al otro lado de su frontera del sur, comparten un número de experiencias históricas que dan a sus sociedades ciertas características comunes y los apartan, en cierto grado, de la Europa Occidental. Esas experiencias incluyen el legado de la conquista y de la esclavitud (las cuales han contribuido a la raza y al racismo como rasgos sobresalientes), la marcada religiosidad, y las tasas de violencia relativamente altas. Podríamos añadir una actitud rapaz respecto de los recursos naturales, actitud nacida de la abundancia hallada por los colonizadores.

La segunda suposición es esa relacionada con el mito del ‘Excepcionalismo Americano’, de acuerdo con la cual los rasgos distintivos del *Modo norteamericano de Vida* (*The American Way of Life*) son, en lo general, comparables con Europa pero no con América Latina. Desde la visión del Nuevo Mundo sostenida por John Winthrop, como ‘una ciudad en lo alto de una colina’ (1994 [1630]), faro para la Vieja Europa, ha existido un sentimiento de orgullo en el sentido de que Estados Unidos es diferente: no es Europa. Sin embargo, los debates alrededor del excepcionalismo norteamericano frecuentemente recuerdan la proverbial disputa sobre el vaso de agua medio lleno o medio vacío. Si observamos a los seres humanos desde un nivel de abstracción suficientemente alto, tanto ellos como sus sociedades nos parecerán iguales. Al contrario, si se elige observarlos desde un muy bajo nivel de abstracción, las diferencias entre cualquier grupo humano serán tan numerosas que cualquier posible patrón se perderá en un mar de detalles.

Cualquier país posee particularidades distintivas, al tiempo que comparte características con otros. En la mayoría de los casos, las particularidades resultan ser el producto

de orgullos nacionales irreflexivos, o bien de preocupaciones propias de la especialidad de historiadores y científicos sociales. En los casos que resultan de interés para un público más amplio, como el *Sonderweg* (camino particular) Alemán, o el excepcionalismo norteamericano, el debate adquiere un fuerte cariz moral, ya sea positivo o negativo.

Finalmente, el más nocivo de estos mitos es aquel que sostiene que Estados Unidos es, por su naturaleza misma, una fuerza moral benevolente a favor del bien, lo que incluso se ha llegado a sostener explícitamente. Me tocó presenciar la reacción de una académica estadounidense ante la tesis defendida por el libro de Michael Mann *Imperio Incoherente* (*Incoherent Empire* (2003)), en la que profirió con aire de perplejidad: ‘¡Pero si América es una fuerza del bien en el mundo!’; como si ello fuera un verdad evidente.

Y no se trató de un caso aislado. El General Brent Scowcroft (Asesor de Seguridad Nacional en la administración del Presidente George Bush padre) escribió:

Estamos perdiendo nuestra aura de “especiales”, la creencia de que Estados Unidos es una gran potencia distinta a las demás. Con el resultado de que la gente se halla crecientemente reacia a darnos, a nosotros y a nuestras políticas, el beneficio de la duda. Cada vez con mayor frecuencia, Estamos siendo tratados como cualquier otra potencia que está completamente interesada en sí misma.

Incluso una persona tan cercana al centro de poder norteamericano como Scowcroft, aún no puede creer que Estados Unidos no sea más que una potencia interesada en sí misma, al igual que cualquier otra. Esta clase de auto-engaño individual y colectivo es peligroso, y definitivamente no proporciona una base realista para comprender tanto la posición de Estados Unidos en el mundo hoy en día, como el carácter social norteamericano. Estados Unidos no es excepcionalmente maligno, pero tampoco es excepcionalmente bueno: al igual que otros países, lleva a cabo una mezcla bien y mal, y, como lo muestran las encuestas de opinión internacionales, para la mayoría de la gente fuera de Estados Unidos, durante los últimos años el lado malo se ha vuelto cada vez más patente.

El Problema del “Habitus Nacional”

Las diferencias en la historia y en los patrones de desarrollo de los países, dejan su sello en el carácter y los hábitos —los *habitus*³— de sus pueblos. Por *habitus* entiendo simplemente los supuestos y patrones de conducta, en gran parte inconscientes y dados por sen-

3. *Habitus* es la palabra que Elias siempre utilizaba en Alemán —y fue de uso común en los años de entre guerras—, pero hasta que Bourdieu popularizó el término, en inglés, tanto él como sus traductores tendieron a utilizar términos tales como “construcción de la personalidad”.

tado, que la gente perteneciente a determinados países o a otros agrupamientos sociales, tiende a compartir. Pierre Bourdieu (1984) describió las diferencias de *habitus* tal y como se reflejaban en los diferentes gustos de individuos pertenecientes a distintas clases de la sociedad francesa. Yo me refiero a algo parecido al hablar de las distintas experiencias entre naciones. Como Norbert Elias escribió:

Estas diferencias se asientan en los idiomas y las formas de pensar de las naciones. Se manifiestan en la forma como la gente se compenetra entre sí en el trato social, y en cómo reacciona ante eventos personales e impersonales.

En todos los países, las formas percepción y los comportamientos, en toda su amplitud y profundidad, encierran un profundo cariz nacional. De lo que, frecuentemente, uno sólo hace conciencia al tratar con extranjeros. En las interacciones entre compatriotas, las diferencias *individuales* suelen estar tan presentes en la conciencia que el matiz nacional compartido, lo que los distingue de los individuos de otras nacionalidades, pasa desapercibido. En primer lugar, se suele esperar que la gente de cualquier parte reaccione a las mismas situaciones de la misma manera que la gente de su propio país. Cuando nos involucramos en situaciones en la que nos vemos obligados a observar que la gente de otros países suele reaccionar en formas bastante diferentes a las que estamos acostumbrados, solemos atribuirlo al “carácter nacional” (Elias, 2008 [1962]).

Comúnmente, el *habitus* de la gente porta el sello de la historia, del Estado y del gobierno del país que habita:

En la conducta de los trabajadores, en Inglaterra por ejemplo, aún podemos encontrar las huellas de las formas de comportamiento de la nobleza y la *gentry*⁴, lo mismo que las de los comerciantes de diversos giros dentro de una larga red de intercambios; así como en Francia, las de los cortesanos y las de una burguesía llevada al poder por la Revolución (Elias, 2000, p. 384).

También en los Países Bajos podemos ver secuelas de la larga dominación ejercida por la *Regenten class*, la clase de los patricios mercaderes de las ciudades” (Elias, 1996. p. 10-13).

En este ensayo quiero argumentar que la experiencia histórica central equivalente, y

4. Nota del Traductor: En Inglaterra, el término *gentry* hace referencia tanto a la pequeña nobleza terrateniente, como a la alta y, a veces, a la media burguesía, mismas que, sin títulos de nobleza, llegaron a tener un destacado papel y un relativamente considerable poder en ese país, incluso antes de las Revoluciones Industrial y Francesa. La palabra igualmente puede hacer referencia simplemente a una aristocracia no nobiliaria. En el texto, de acuerdo al contexto, utilizaremos una u otra de las acepciones anteriores, o simplemente la palabra *gentry* en inglés.

que dio forma al carácter nacional de Estados Unidos, fue la del creciente aumento de su poder en relación con sus vecinos. Lo que tuvo efectos omnipresentes y de largo aliento en la forma como los norteamericanos se perciben a sí mismos y al resto del mundo, y en cómo los *otros* los ven a ellos mismos. Permítaseme ahora ilustrar tal argumento relacionándolo con: las formas de comportamiento y actitudes “americanas”; la incidencia de la violencia en la sociedad norteamericana; y, el desarrollo del Estado y del Imperio de este país.

Los Modales en Estados Unidos

Los modales resultan interesantes porque expresan las relaciones de poder entre la gente involucrada en dichas relaciones, y es bastante popular el supuesto de que los modales ‘americanos’ reflejan el carácter habitualmente igualitario de la sociedad norteamericana. La realidad es un poco más complicada.

En los primeros años de la colonización inglesa de Norteamérica, la sociedad era relativamente pareja. Entre los pobladores había muy pocos miembros de la clase alta originaria de Inglaterra —sin aristócratas o miembros de la *gentry* que puedan mencionarse. La élite temprana estaba conformada por clérigos y abogados universitarios, así como por mercaderes que, posiblemente, en la madre patria habrían podido considerarse de la clase media acomodada. Pero también fueron pocos los miembros de los estratos sociales más bajos que emprendieron el viaje a través del Atlántico. A pesar de ello, los colonizadores sí llevaron consigo la aguda consciencia de clase de la sociedad inglesa, y a lo largo de los siglos XVII y XVIII fue emergiendo una aristocracia de consideración que conscientemente se conformó a sí misma siguiendo el modelo de la *gentry* inglesa.

Después de la Independencia, esta aristocracia se vio en gran parte eclipsada, *excepto en el sur esclavista, claro está*⁵. La república agraria que Alexis de Tocqueville visitó a principios de la década de 1830, presenta a la sociedad americana en su fase más igualitaria, la era de la Democracia Jacksoniana. Tocqueville retrató ampliamente los modales relativamente sencillos e informales que podían observarse en las relaciones entre mujeres y hombres, señores y sirvientes, incluso entre oficiales y otros rangos del ejército. En una elocuente comparación con Inglaterra, escribió:

En América, donde los privilegios de cuna no han existido y donde las riquezas no confieren derechos particulares a sus poseedores, hombres extraños entre sí frecuentan con facilidad los mismos lugares y no encuentran en el libre intercambio de ideas peligro ni ventaja alguna. Sus modales son por lo tanto naturales, francos y abiertos. (Tocqueville, 1961 [1835–1840], Vol. I, pp. 202–230).

5. Cursivas en el original.

En forma contrastante, los ingleses que se topaban incidentalmente entre sí en el exterior eran típicamente reservados, por el temor de que una amistad casual —trabada, por ejemplo, en un viaje por el extranjero—, pudiera resultar bochornosa al enfrentar, de regreso a casa, la rigidez de las fronteras sociales establecidas.

No obstante, el último cuarto del siglo XIX, la Edad de Oro del crecimiento industrial acelerado y época en la que se forjaron vastas fortunas, fue, en Estados Unidos también, una periodo de competencia social intensa en la que oleadas de *nouveaux riches*⁶ derribaban las puertas de entrada de las viejas élites sociales. Esto se encuentra bastante bien retratado en las novelas de Edith Warthon. Las distinciones asociadas al estatus se volvieron más marcadas, libros de modales eran comprados al por mayor por gente deseosa por imitar, no sólo el comportamiento y las maneras de la vieja clase alta norteamericana, sino también los modales de las clases altas de Europa. Hubo incluso intentos por introducir la costumbre del chaperón, aunque sin mucho éxito: las tradiciones igualitarias aún mantenían cierta fuerza.

Este periodo podría parecer una aberración. Con algunas excepciones, podemos observar cómo la tendencia se invierte en el siglo XX, volviéndose dominante la ‘informalidad’ (Wouters, 2007). No es únicamente cuestión de los modales del fácil y amigable trato cotidiano, también se extiende a las relaciones de género (Wouters, 2004).

Aunque sin duda la conexión es indirecta y compleja, resulta importante destacar que esta tendencia hacia la informalidad corría paralela a tendencias en la distribución del ingreso y de la riqueza en la sociedad norteamericana, la cual, a partir de 1913 y hasta las últimas décadas del siglo XX, con algunas fluctuaciones, se volvió relativamente nivelada en comparación con la Edad de Oro.

Hoy en día, sin embargo, vivimos una nueva Edad de Oro en la que en Estados Unidos (y en menor medida, Inglaterra) el ingreso y la riqueza, particularmente de los del uno por ciento más alto de la población, han crecido astronómicamente, mientras que los pobres se empobrecen aún más, e incluso el nivel de vida de la que los ‘americanos’ llama ‘clase media’ (que incluye a la mano de obra calificada con empleo estable) o ha permanecido estático o ha caído.

Los índices de movilidad social tampoco son tan altos como se suele creer: un estudio reciente (Blanden, *et al.*, 2005), muestra que aquéllos son más bajos en los Estados Unidos (y en el Reino Unido) que en Canadá, Alemania y los cuatro países escandinavos. Al respecto, en otro trabajo, he hablado de la discrepancia entre percepción y realidad como ‘la maldición del sueño americano’ (Mennell, 2007. pp. 249-265).

No puedo referirme a evidencia alguna que indique que la gran desigualdad existente de hecho en Estados Unidos, se haya reflejado aún en un distanciamiento de los modales cotidianos. He dicho que los modales reflejan las relaciones de poder entre la gente,

6. Cursivas en el original.

y los modales más igualitarios son considerados por lo general como indicadores de una ampliación del círculo de ‘identificación mutua’. Sin embargo, el bien conocido comentario de la recientemente fallecida Leona Helmsley, de que ‘sólo la gente pequeña paga impuestos’, es a penas una pequeña muestra de la abundante evidencia sobre el insensible desprecio de los norteamericanos ricos por la gente pobre y común y corriente.

Lo que va prevaleciendo puede no bien ser un círculo creciente de identificación mutua entre todos los estratos de la gente norteamericana, sino, más bien, una forma de ‘identificación hacia arriba’: el mito y sueño americano de la igualdad es promovido activamente a través del fomento del ‘patriotismo’—es decir, nacionalismo norteamericano— entre las clases medias y bajas, pero entre los detentadores del poder predominan actitudes crueles e indiferentes hacia los desfavorecidos. La suerte de estos últimos aún es vista como siendo ‘su propia culpa’, en una actitud que solemos considerar más bien propia del siglo diecinueve. Los modales igualitarios tal vez se estén convirtiendo en un ejemplo de lo que los marxistas llaman ‘falsa conciencia’.

Estados Unidos se diferencia históricamente de muchos países de Europa Occidental en que nunca tuvo una única clase nacional de referencia que haya logrado el monopolio en la conformación de los modales y los habitus. Nunca contó con una nobleza, aunque de hecho tuvo diversas aristocracias en competencia mutua. Entre éstas, Massachusetts, con una ligera referencia a la Filadelfia Cuáquera, ocupa un lugar preponderante en la imagen que tienen los europeos lo que dio forma al carácter norteamericano. Ciertamente, en Nueva Inglaterra cobró forma algo parecido a la alemana *Bildungsbürgertum*, una élite instruida de profesionales y mercaderes. Es a ellos, así como a las presiones asociadas a una vida comercial y profesional, a los que se puede atribuir, hasta cierto punto, la vena igualitaria del habitus norteamericano, ya que no mostraban un abierto desdén hacia sus conciudadanos, aun cuando en su fueron interno estuvieran convencidos de la superioridad de su educación, de su capacidad de comprensión y de sus sentimientos.

En una visita a Estados Unidos en la década de 1830, no mucho después de la visita que hiciera Tocqueville, Harriet Martineau (1837, Vol. III, p.10) menciona la gran circunspección profundamente arraigada en la gente del norte. Y describe como ‘miedo al qué dirán’ algo muy similar a lo que Elias (2006 [1969]) definió como la habitual ‘moderación en el comportamiento’ en anticipación a lo que los demás puedan pensar. Afirmaba poder distinguir entre los congresistas del norte y del sur, simplemente por su forma de caminar.

Es en Washington donde la variedad de modales llama la atención. Ahí los sureños se ven sobrados y los de Nueva Inglaterra retraídos; la franca y suelta cortesía de la aristocracia sureña (con ocasionales toques de arrogancia, no obstante), contrasta con el aire precavido, en cierta forma *torpe* y deferente en demasía, de los miembros del Norte. Nos podríamos imaginar detectando a un congresista del norte al aire libre simplemente por

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

su tímido andar. Pareciera tener eternamente en mente que es incapaz de enfrentarse en un duelo, mientras otros sí podrían (Martineau, 1838. Vol. I, p. 145).

Lo que nos lleva a la otra gran aristocracia rival, la esclavista del sur. En la percepción de los europeos sobre Estados Unidos, el legado de Nueva Inglaterra siempre ha jugado un papel prominente, en tanto que el legado del sur, uno demasiado pequeño. Incluso el gran historiador y sociólogo latinoamericano, Darcy Ribeiro (1971) fue demasiado propenso a delinear un contraste dicotómico entre la preponderancia de la clase asalariada de Norteamérica y la hacienda, el peonaje y la esclavitud en Latinoamérica. Recordar el Sur de Estados Unidos, nos sirva para recordad que no se trata de una dicotomía sino de un continuum en el que los estados del sur están, tanto geográfica como conceptualmente, más cerca de Latinoamérica. Lo cual es importante en vista del cambio en el centro de gravedad de la política americana, el cual se ha alejado del norte y se ha acercado al sur a partir, aproximadamente, de 1970.

Desde la Independencia y hasta la Guerra de Secesión, los sureños habían mantenido la mayor tajada del poder político de la Unión⁷. Al respecto, la referencia a los duelos entre ellos resulta muy significativa. Tal como Norbert Elias argumentara, en la Alemania del Siglo XIX gozar de la calidad de *Satisfaktionsfähigkeit* —ser juzgado digno de dar satisfacción en un duelo— se volvió uno de los principales criterios de membresía de la clase alta (Elias, 1996. pp. 44–119). Y aunque conscientemente los grandes propietarios de las plantaciones pudieron haberse identificado con sus pares de Francia o Inglaterra, la comparación más adecuada se daba entre aquéllos y los *Junkers* prusianos (Bowman, 1993). Una similitud entre ellos es que ambos proporcionaban gran parte del cuerpo de oficiales del ejército. En casa, ambos gobernaban autocráticamente sobre un *Privatrechtstaat*⁸ —tenían el derecho de juzgar y hacer cumplir sus fallos en sus propiedades, con poca o ninguna interferencia del gobierno. Las autoridades estatales no intervenían en las relaciones entre los negros y sus amos blancos, sea durante la esclavitud del periodo prebélico⁹, o durante

7. Por más de tres cuartos de ese periodo de 72 años, el presidente había sido un esclavista sureño; tras la guerra ningún residente del sur fue elegido como presidente hasta Lyndon Johnson en 1964. En el Congreso, 23 de los 36 presidentes de la Cámara de Representantes y 24 de los 36 Presidentes *Pro Tempore* del Senado, habían sido sureños. Durante los siguientes 50 años después de la guerra ninguno lo fue. Antes de la Guerra, 20 de los 35 jueces de la Suprema Corte habían sido sureños, y habían sido mayoría a lo largo del periodo; sólo 5 de los 26 jueces designados durante las cinco décadas transcurridas después de la guerra fueron del Sur (Ver, McPherson, 1990. pp. 12–13).

8. Alemán en el original

9. Nota del Traductor: Implícitamente se refiere al periodo anterior a la Guerra de Secesión Norteamericana.

las largas décadas de las *Leyes Jim Crow*¹⁰, o los linchamientos entre el final de la Reconstrucción¹¹ y el periodo de entreguerras. Así como tampoco intervenían aquéllas en lo que hoy en día se conoce como violencia ‘entre negros’; negligencia que proyecta hasta el día de hoy una gran mácula cultural. Tampoco en los conflictos entre blancos se involucraban demasiado las autoridades estatales. Los arreglos sociales del Viejo Sur se asociaban igualmente al código de honor prevaleciente (Wyatt-Brown, 1984) y los asuntos de honor eran comúnmente decididos en duelos.

Muchos viajeros europeos, desde Harriet Martineau hasta el gran geólogo Sir Charles Lyell, se asombraron de su prevalencia: se ha observado que tan sólo en Nuevo Orleans, en promedio diariamente alguien moría en un duelo. El código de honor ha sido ampliamente discutido en sus diferentes formas, tanto de Europa como de Estados Unidos. Roger Lane contrasta al ‘hombre de honor sureño’ con el ‘hombre solemne’ de Nueva Inglaterra, quien más bien llevaría una disputa a juicio antes que liarse en un duelo. La propensión a litigar a través del aparato legal es función, no únicamente —no principalmente, de hecho— de las disposiciones culturalmente condicionadas de un individuo, sino también del grado de pacificación interior y de la efectividad del monopolio estatal de la violencia legítima en un territorio determinado. Aún así, la diferencia entre los códigos de ‘honor’ y de ‘solemnidad’ se asocia con estilos personales y emocionales diferentes: el Sureño, al igual que el caballero *Satisfaktionsfähig* del *Kaisereich* exhibían un estilo ‘duro’ e indiferente. Se ha sugerido que un legado de esto puede hallarse en la forma de hablar dura y maquinial¹² de muchos portavoces militares de hoy en día.

Había otras élites en competencia que ameritan ser mencionadas: las élites relativamente independientes de muchas ciudades de antaño, la plutocracia que surgió tras la Guerra de Secesión y que hoy en día ejerce un poder económico y político abrumador. Tal vez debamos igualmente mencionar la importancia de Hollywood y los héroes y heroínas de la cultura popular. Sin embargo, me gustaría simplemente regresar al punto de que en nuestras percepciones de Estados Unidos, tanto de ayer como de hoy, el modelo de Nueva

10. Nota del Traductor: Se conoce como ‘Leyes *Jim Crow*’, al conjunto de leyes, tanto estatales como federales, vigentes entre 1876 y 1965, que de hecho legalizaban la segregación en Estados Unidos, particularmente en el sur, otorgando tratos diferenciados, sancionados por la Ley, a blancos y negros. Esas leyes constituyen un respaldo legal importante para los linchamientos practicados contra aquellos negros reacios a aceptar el *status quo* prevaleciente.

11. Nota del Traductor: Período histórico posterior a la Guerra de Secesión en el que, precisamente, se construyen los cimientos del Estados Unidos del siglo xx.

12. Nota del Traductor: El texto original en inglés incluye la expresión “speak-your-weight-machine delivery”, la cual hace referencia a la forma en la que unas maquinas, bastante comunes en Estados Unidos —exportadas posteriormente a otras partes del mundo—, tras la introducción de algunas monedas, daban el peso en forma hablada. Esa expresión fue empleada para referirse a una forma despersonalizada y maquinial de hablar o dar información. Obviamente no existe expresión equivalente en español.

Inglaterra juega un papel demasiado importante, en tanto que el de su rival sureño uno excesivamente menor —algo que resulta de la mayor importancia, dado el brusco viraje en la relación de poder a favor del Sur, desde aproximadamente 1970.

Y en ello hallamos una gran ironía sobre los modales y habitus norteamericanos. Si Estados Unidos no ha experimentado la constitución de una clase alta que goce del monopolio en la conformación de los modales, en la misma medida que muchos países de Europa Occidental, sí puede afirmarse que hoy Estados Unidos y sus ciudadanos fungen precisamente como tal clase alta para el resto del mundo, incluyendo a Europa. No ha sido así desde siempre.

Como Allan Nevins señaló, hasta aproximadamente 1825, los ingleses que visitaban Estados Unidos eran principalmente de las clases media y trabajadora, particularmente hombres de negocios, que tendían a hablar con respeto ante los modales de la gente de su mismo rango social con la que se encontraban. Después de esa fecha, sin embargo, comenzaron a llegar de Inglaterra más visitantes profesionales y de la clase alta, cuyos reportes, por lo general, muestran mayor condescendencia, desdén y arrogancia hacia lo que vieron y hacia la gente con que trataron. Posteriormente, este juego de perspectivas se complica aún más con el cambio en el balance de poder entre ambos países. Entre la primera y la segunda Guerras Mundiales:

Por primera vez, la mayor parte de los visitantes ingleses se mostraban notablemente respetuosos de la nación rica, poderosa y extremadamente compleja ubicada al otro lado del mar. Durante el periodo que hemos descrito como de ‘condescendencia Tory’¹³ [1825–1845], los visitantes tendían a ver hacia abajo a los norteamericanos. Durante el siguiente periodo, que hemos descrito como uno de ‘análisis’ [1870–1922], tendían a ver a Estados Unidos a la misma altura, ¡pero hoy tienden con frecuencia a mirarlo con admiración! (Nevins, 1948. p. 403).

Hoy en día, muchos norteamericanos consideran la atracción generalizada hacia la cultura popular estadounidense y la imitación constante del ‘estilo americano’ —desde la ropa hasta la comida y las formas de hablar—, como formas sutiles de poder esgrimido a favor de los intereses de su país.

Bien valdría la pena recordar, empero, que en el *Antiguo Régimen* la burguesía emulaba desesperadamente a los cortesanos, pero eso no le impidió albergar resentimiento contra la aristocracia, ni tampoco evitó la Revolución Francesa.

13. Nota del Traductor: Se conoce como *Tory* al partido conservador de Inglaterra, opuesto al liberal *Whig*. Por extensión, en Inglaterra se usa frecuentemente para referirse a todo aquello que se relacione con el ala conservadora de dicho país.

El Problema de la Violencia en Estados Unidos.

La cuestión de la violencia en Estados Unidos incluye una extensa literatura, así como muchísimas creencias populares que en sí mismas incluyen algunos mitos.

En sentido opuesto a lo que popularmente se cree, criminólogos abocados a la historia están actualmente de acuerdo en que la tendencia de larga duración de la violencia en las sociedades occidentales tiende a la baja. Inglaterra cuenta con información correspondiente a plazos temporales más largos que cualquier otro país. En una célebre investigación, Gurr (1982) demostró que en Oxford el peligro de ser asesinado era 40 veces mayor en el siglo XIII que a mediados del siglo XX. Tal declinación no dibujó una curva suave: existen fluctuaciones de más corto plazo. Por ejemplo, la mayoría de los países experimentó una escalada de la violencia desde 1960 y una renovada declinación de la misma a partir de 1990. Las tendencias de homicidios en Estados Unidos dibujan curvas muy cercanas a las observadas en Europa Occidental y en los países de origen Europeo en ultramar, como Australia y Nueva Zelanda. Datos recabados por Eisner (2005) demuestran lo anterior en forma impactante.

Sin embargo, es necesario distinguir entre *tendencia* y *nivel* de violencia (Mennell, 2007. pp. 122-154). Lo que es particular de Estados Unidos es el nivel de violencia. Simplemente hay más homicidios en este país que en cualquier otro con el que se pueda comparar. Si bien otras formas de violencia realmente deberían ser consideradas separadamente, los homicidios al año por cada 100,000 habitantes se utilizan como índice general de violencia, por tratarse de un crimen relativamente indiscutible —no dando lugar a mucha ambigüedad—, y por lo tanto la medición de su incidencia tiende a arrojar cifras comparables de un país a otro. En tanto que formas menores de violencia se ven enormemente afectadas por diferencias en las definiciones legales, e incluso por cambios legislativos ocurridos a lo largo a lo largo del tiempo. Tomando en consideración, pues, aquél índice, en Estados Unidos ocurren 4 veces más asesinatos que en otros países comparables¹⁴.

Nos encontramos de nuevo aquí con otro mito: la frase ‘crimen y violencia’, comúnmente utilizada entre políticos y público en general, sugiere que ambos términos son sinónimos. Sin embargo, como Zimring and Hawkins (1997) han mostrado, el crimen no es el problema en Estados Unidos. Es mucho más probable que una casa sea robada en Londres que en Nueva York. Estos autores muestran que los homicidios en la Unión Americana no están fuertemente relacionados con delitos del orden común, como robo con allanamiento de morada y asaltos, entre otros. Los asesinatos no son cometidos, en ninguna forma excepcional, en el transcurso de crímenes *instrumentales* —particularmente aquellos

14. Pero no más que cualquier otro país: Sudáfrica, Rusia y algunos países de Europa del Este, tienen índices más altos aún, pero comparten el haber experimentado severos cambios políticos y trastornos sociales en el transcurso de la última década o un poco más.

relacionados con persecuciones por robo de dinero. Lo que da cuenta del inusualmente alto índice de homicidios en Estados Unidos, son los altos índices de violencia *pasional*, es decir, de asesinatos cometidos impulsivamente, bajo la influencia de fuertes emociones. ¿Por qué los estadounidenses tendrían que ser menos capaces de controlar sus emociones que los europeos? Una posible respuesta es que no lo son, sino que es más factible que una pelea a golpes a la salida de un bar (o una pelea doméstica), limitada generalmente a provocar únicamente heridas superficiales y moretones, termine con alguien muerto a balazos, en una sociedad atestada hasta el cuello de armas. Ciertamente hay algo de verdad en ello, sin embargo, no lo dice todo. Sobre este tema, normalmente resulta difícil hablar de los ‘americanos’ en general, siendo que los índices de homicidio muestran marcadas diferencias geográficas.

Resulta familiar el caso de los altos índices de violencia en los ghettos urbanos de los años 60 hasta los 90 —particularmente los ghettos negros. Loïc Waquant (2004) atribuye este ‘proceso des-civilizatorio’, a otros dos interrelacionados: por un lado, el colapso del empleo formal y el surgimiento en su lugar del desempleo, del empleo ocasional y precario y de la economía ilegal, particularmente la relacionada con el tráfico de drogas; y, por el otro, el concomitante retiro de las agencias estatales en la época de Reagan —desde la policía hasta el servicio postal—, y de ahí en adelante. Estrechamente relacionado con esto, está el reemplazo de la ‘red de seguridad social del Estado de Bienestar’ por el ‘operativo penal’ que ha llevado a una enorme cantidad de jóvenes norteamericanos barones a prisión, sobre todo afroamericanos (Pettit and Western, 2004).

Un hecho menos conocido, pero históricamente relacionado, radica en que una parte desproporcionada de los homicidios de Estados Unidos ocurren en el sur, y en aquellas regiones del oeste que cuya población provino principalmente del sur (Lane, 1997. p. 350). El factor común es la relativa debilidad de las instituciones estatales. Con Estado no me refiero aquí a algún ‘estado de la Unión’, salvo incidentalmente, sino que utilizo el concepto sociológico estándar formulado por Max Weber (1978 [1920], Vol. 1, p. 54): una organización que mantiene en forma exitosa el derecho a legislar y hacer cumplir la ley en un territorio determinado, en virtud del control sobre el monopolio del uso legítimo de la violencia. Tal proceso de monopolización fue bastante más tardío en el sur que en el norte, como se había sugerido ya al referirnos a la tradición sureña del ‘honor’. La costumbre de ‘tomar la ley en las propias manos’ se mantuvo fuerte en el sur. De hecho, en muchos estados del Sur, durante mucho tiempo se permitió legalmente que un hombre matara al amante de su mujer (Stearns, 1989). (En los años 20, Georgia dio un golpe temprano a favor de la liberación femenina cuando también volvió legal el que una mujer matara a la amante de su esposo). Los linchamientos, sobre todo de hombres afroamericanos, disminuyeron después de 1920, pero no fueron erradicados sino hasta los años 60. En el sur, de un condado a otro se puede constatar la fuerte correlación entre el índice de linchamientos en el pasado y el índice actual de homicidios (Messner, *et al.*, 2005). Al

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

respecto, es significativo que el mayor uso de la pena capital se da, por mucho, en aquellos estados y condados donde los ‘vigilantes’ y los linchamientos fueron más comunes, y en donde una parte desproporcionada de los ejecutados son afroamericanos (Zimring, 2003. pp. 89–118).

Pieter Spierenburg (2006), ha planteado la provocadora tesis de que en la historia del proceso de formación del Estado norteamericano, ‘la democracia llegó demasiado pronto’. En la mayor parte de Europa Occidental, se fue dando un proceso gradual de centralización a lo largo de varios siglos, derivando en la concentración de los medios para el ejercicio de la violencia en cada vez menos manos, y, a la larga, en la constitución de un aparato del monopolio de la violencia relativamente efectivo controlado por la realeza. Aunque este proceso se haya desarrollado en forma gradual, las luchas entre la élite de guerreros fueron muy sangrientas, en la medida en que más y más actores fueron viéndose privados de su capacidad para hacer la guerra independientemente del soberano.

Este proceso se encontraba en sus fases finales cuando inició la colonización europea de Norteamérica. Una vez que las monarquías de Europa Occidental lograron consolidar y poner a su servicio monopolios de la violencia firmes y efectivos, lo que sucedió en general a finales del siglo XVII y principios del XVIII, el objetivo de la gente en las luchas subsecuentes —en forma especialmente dramática en la Revolución Francesa— no fue tanto desafiar o destruir dicho monopolio como tal, sino más bien compartirlo. En otras palabras, lo que se perseguía era imponer un control sustentado en una base social más amplia sobre quienes ejercían el monopolio de la violencia, es decir, democratizarlo.

Sin embargo, en Norteamérica ‘no hubo una etapa de centralización antes de iniciada la democratización (...), *la democracia llegó demasiado pronto*’. Con esta afirmación Spierenburg se refiere a algo muy preciso:

La población no tuvo el tiempo necesario para acostumbrarse a estar desarmada. A consecuencia de lo cual se mantuvo viva la idea de que la mera existencia del monopolio de la fuerza era algo indeseable. Y se mantuvo viva en una forma crecientemente democrática: no en la forma de élites regionales erigiendo principados privados, sino en la de la gente común reclamando su derecho a defenderse a sí misma (...) Las élites locales y, crecientemente, la gente común, equiparaban a la democracia con el derecho a la protección armada de sus propiedades (Spierenburg, 2006. pp. 109–110).

Spierenburg reconoce que sería una simplificación excesiva sugerir que en Estados Unidos no se dio en absoluto la transición entre las luchas por destruir el aparato monopolístico y las luchas por compartirlo, sin embargo: ‘...lo más que puede decirse es que la mayoría de la población quería las dos cosas: aceptaban la existencia de las instituciones de gobierno, pero al mismo tiempo valoraban la ética del ‘ayúdate a ti mismo.’ ‘Hoy en día’ [enfatisa] ‘la idea de que los individuos no pueden ni deben depender de las instituciones del Estado

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

para proteger sus hogares sigue viva y con buena salud. Como lo afirman explícitamente en la película documental de Micheal Moore *Bowling for Columbine*, algunos miembros de la *Michigan Militia*¹⁵ [Milicia de Michigan] (Spierenburg, 2006, p. 110)’.

La formación del Estado y el Imperio de Estados Unidos

Se tiende a pensar en Estados Unidos como si fuera una emanación del espíritu humano, como si su existencia y arreglos constitucionales fueran el incruento producto de la Ilustración, de John Locke, del genio de los Padres Fundadores¹⁶ y del puro espíritu democrático del ‘¡Ningún impuesto sin representación! [política]’ (aunque John Kenneth Galbraith observó que mientras los norteamericanos del siglo XVIII objetaban las cargas impositivas sin estar representados políticamente, igualmente objetaban el pago de impuestos *con todo y representación*¹⁷).

De hecho, la conformación de la unidad territorial que hoy conocemos con el nombre de Estados Unidos de América fue un asunto sangriento, en nada diferente a la formación de los Estados de Europa Occidental. Si volteamos la mirada hasta hace mil años, Europa Occidental estaba fragmentada en un sinnúmero de pequeños territorios, cada uno de los cuales era gobernado —es decir protegido y explotado al mismo tiempo— por algún caudillo local. Tal vez el equivalente más cercano en que podemos pensar hoy sea Afganistán, tras el tierno y amoroso cuidado que ha recibido gracias a las numerosas intervenciones extranjeras. De tal mosaico, a través de un periodo de muchos siglos, gradualmente emergió un pequeño número de territorios de considerable tamaño. Si bien se trató de un violento ‘juego de eliminación’ (Elias, 2000. pp. 263-278), sería un error considerar que tal proceso haya sido movido por la ‘agresión’, como si los rasgos de personalidad de los guerreros individuales fueran la fuerza determinante. En una época

15. Nota del Traductor: Cursivas añadidas.

16. Nota del Traductor: Se conoce como *Founding Fathers* a aquéllos personajes históricos que participaron en el surgimiento de Estados Unidos como nación independiente a través de la formulación de *La declaración de independencia*, de su lucha en la *Guerra de Independencia de Estados Unidos* y de su participación en la redacción de la *Constitución de los Estados Unidos*, entre otras contribuciones y acciones que son consideradas históricamente claves para la conformación de ese país, los más famosos e importantes de los cuales son: Benjamin Franklin, George Washington, John Adams, Thomas Jefferson, John Jay, James Madison, y Alexander Hamilton.

17. Quoted by Gordon (1998, p. 43).

Nota del traductor: En el texto original en inglés, la palabra *with* aparece en cursivas. En la traducción las cursivas fueron extendidas hasta cubrir las últimas palabras de este párrafo, por ser todas ellas las que, a juicio del traductor, correspondían al sentido buscado con la puesta en cursiva de la palabra *with* en el original.

en que el control de la tierra era la principal base de poder, un magnate local amante de la paz no podía darse el lujo de permanecer ocioso mientras sus vecinos luchaban por resolver quién detentaba el mayor control de la tierra: aquél que saliera triunfante de la lucha, ganando el control sobre un gran territorio, estaría en condiciones de engullir a su pequeño vecino amante de la paz. La guerra y la ‘agresión’ tenían de esta manera valor para la supervivencia. El proceso dibujaba una doble cara de Jano: en la medida en que territorios mayores eran internamente pacificados, la guerra *entre* territorios se peleaba a una escala cada vez mayor.

La historia de la formación del Estado en Norteamérica es similar. Una diferencia consiste en que la lucha por territorios después de los primeros asentamientos europeos, fue inicialmente conducida en forma exógena por las grandes potencias Europeas, así como por rivalidades propias de Norteamérica. En sus primeras etapas, el proceso de alguna forma fue semejante a la lucha por la obtención de territorios en África en el siglo XIX. La mayoría de las guerras eran ramificaciones de las guerras que se libraban en Europa, ya sea la Guerra Anglo Holandesa, la Guerra de Sucesión Española, la Guerra de los Siete años, o la que fuera. En el transcurso de estas contiendas, fueron eliminadas primero las colonias suecas y luego las holandesas, terminando con la fractura del poder Francés y Español. Las diversas tribus indias se involucraron en estas luchas como aliadas de las potencias europeas, viéndose enfrascadas en una competencia de eliminación entre ellas. Poco a poco, sin embargo, las luchas comenzaron a configurarse cada vez más por fuerzas endógenas.

No es este el lugar para volver a narrar la historia de cómo se llegó a la Independencia de Estados Unidos, válgase comentar simplemente que el impuesto que los pobladores se rehusaron a pagar sin tener representación política, surgió del costo ocasionado por el control militar sobre un territorio mucho mayor, después de la expulsión de los franceses de Canadá y de la región ubicada más allá de los Apalaches. Aunque esta familiar historia tiene otra faceta.

Los ingleses habían reservado el Valle de Ohio para sus aliados Iroqueses, pero los colonos ya presionaban hacia el oeste. Tal y como se ha reconocido por lo menos desde que Theodore Roosevelt escribió *The Winning of the West* [La conquista del Oeste] (1889-1899), la Guerra de Independencia fue también una guerra por el control del proceso de conquista. Los colonos eran también colonizadores.

No me detendré en lo que se ha llegado a conocer como el Holocausto Americano (Stannard 1992), salvo para apuntar que la expansión hacia el oeste realizada a costa de los nativos americanos fue conducida por la presión de migrantes hambrientos de tierra, con anterioridad al control efectivo del territorio por parte del gobierno federal; a diferencia de las políticas implementadas en el poblamiento de Canadá y Siberia. Las escenas de las películas del Oeste que nos son tan familiares, constituyen una versión idealizada del proceso de conquista y pacificación interna.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

Los norteamericanos gustan señalar que compraron gran parte del territorio en lugar de conquistarlo por la fuerza de las armas. Esto es indudablemente cierto en el caso de la Compra de Louisiana, que en 1803 duplicaba el territorio federal. Sin embargo, ésta se dio gracias a un conjunto de circunstancias en las relaciones de poder europeas que resultó particularmente favorable, cuando le convino a Napoleón deshacerse de responsabilidades externas e innecesarias al momento¹⁸. También es verdad que otra enorme adquisición territorial tuvo lugar cuando Estados Unidos compró a México una vasta franja de territorio. Pero ésta tan sólo se realizó después de que el primer país dejó bien claro que se trataba de *un propuesta que no podría rehusarse*¹⁹, al invadir este infortunado país y saquear su capital. ‘Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos’, como tiempo después comentará el Presidente Porfirio Díaz. Ulysses Grant, que participó en la Guerra de México siendo un joven oficial, la consideró como ‘una de las guerras más injustas jamás librada por una nación poderosa contra una débil. Muestra de una república siguiendo el mal ejemplo de las monarquías europeas de no tomar en consideración la justicia en su afán por adquirir más territorio’ (Grant, 1885, p. 37).

No tiene caso moralizar sobre éste u otros muchos episodios. Mi intención no es denunciar a los ‘hombres malos’ por lo que sucedió; sería caer en el mismo error que el del individualismo que infecta la visión que hoy en día el gobierno estadounidense tiene del mundo. El punto que deseo plantear es más bien que el desarrollo Estadounidense como un todo, constituyó un proceso social de largo plazo relativamente no planeado. Se trata de un ejemplo de lo que Norbert Elias (1991, p. 64) capturó en su copla:

Surgiendo de planes, y sin embargo no planeado
Por propósitos movido, y sin embargo sin propósito alguno

Por otro lado, el equilibrio entre lo ‘accidental’ y lo ‘intencional’ se inclina hacia el polo de lo planeado tan pronto un facción obtiene un gran poder dentro de una relación de poder determinada.²⁰ La interacción entre ambos polos puede observarse en la primer adquisición Imperial de Estados Unidos en 1899 (Zimmerman, 2002), acaecida al poco tiempo del ‘cierre de fronteras’ declarado en el censo de 1891. Este país invadió Filipinas con el apoyo de Inglaterra —la flota norteamericana zarpó de Hong Kong—, porque ambas potencias temían que si el primero no lo hacía, lo harían ya sea Alemania o Japón.

18. La palabra inglesa *extraneous* puede traducirse como no esencial, superfluo o irrelevante, o como externo. En este caso, como el sentido no es del todo claro, nos ha parecido mejor incluir ambas acepciones. Nos parece que juntas reflejan mejor el sentido de la frase.

19. Cursivas añadidas por el traductor ya que se trata de una famosa frase de la película de Francis Ford Coppola *El Padrino*.

20. Ver: Elias (1978), capítulo 6, ‘Modelos de juegos’.

La Doctrina Monroe sobre la potestad norteamericana del hemisferio occidental es una historia similar. En 1819, los británicos propusieron una declaración conjunta para oponerse a la recolonización española de América del Sur. En el evento, John Quincy Adams, como Secretario de Estado, insistió en que lo hacía únicamente a nombre de Estados Unidos. Aunque no hubo dudas sobre su inaplicabilidad cuando posteriormente Inglaterra tomó las Islas Falkland – en ese entonces, Estados Unidos simplemente no tenía el poder para evitarlo. A principios del siglo xx, sin embargo, su poder había crecido enormemente, y el corolario de Roosevelt a la Doctrina Monroe fue utilizado para justificar numerosas intervenciones militares norteamericanas en Lationamérica a lo largo de toda esa centuria. Para principios del siglo xxi, lo que he llamado el ‘El adéndum de Dubya’ (Mennell, 2007. pp. 211–212), planteado en la *Estrategia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos 2002*, declaraba que Estados Unidos tenía derecho a intervenir en contra de sus enemigos en cualquier parte del mundo, y estuvo cerca de reclamar para el gobierno Norteamericano el monopolio de uso legítimo de la fuerza alrededor del mundo. En otras palabras, en términos de la definición de Estado acuñada por Max Weber, la administración actual ha llegado cerca de declarar a Estados Unidos un Estado mundial.

En ciertas formas, los Estados Unidos actúan, ya, como un gobierno mundial (Mandelbaum, 2006). Reclama jurisdicción extraterritorial de sus leyes en muchos campos, mientras que se niega a verse limitado por cualquier conjunto de leyes internacionales aceptadas por la mayoría de los otros países. Su gasto militar es hoy en día tan grande como el de todos los otros países del mundo juntos. En los hechos ha acuartelado el planeta entero, dividiendo el mundo en comandos militares estadounidenses. Actualmente tiene bases militares en dos tercios de los países del globo, incluyendo a muchos de la antigua Unión Soviética.²¹ En las conclusiones trataré de desplegar algunas de las implicaciones de todo esto.

Conclusiones

No nos equivoquemos, si Estados Unidos llegara a tener éxito en su declarada ambición de lograr la pacificación del mundo entero, los beneficios serían enormes. A aquellos de nosotros que vivimos en sociedades relativamente pacíficas, seguras y democráticas, nos cuesta trabajo imaginar el número de personas en el resto del mundo que no gozan de este privilegio. El peor mal que enfrentan es la falta de seguridad en su vida cotidiana: se encuentran vulnerables a la violencia y a la muerte repentina, así como al hambre, a las enfermedades y a las amenaza de otros hombres y de la naturaleza. Si se les pudiera garantizar un buen y consistente nivel de seguridad, del tipo que nosotros mismos gozamos,

21. En 2004, tenía bases militares en 130 de 194 países (Johnson, 2004).

entonces podríamos presenciar por primera vez un ‘proceso civilizatorio’ en el mundo entero. Ya que, como Elias escribió,

Si en una u otra región crece el poder central, si sobre un territorio mayor o menor se obliga a la gente a vivir en paz con sus semejantes, también la configuración de los afectos y las pautas de manejo de las emociones irán modificándose gradualmente (Elias, 2000, p. 109).

La pregunta radica, más bien, en si esto es posible y de si es algo que a largo plazo Estados Unidos pueda lograr actuando en forma aislada, y no por medio de la acción conjunta de los diversos países del mundo a través de organismos multilaterales como la Organización de las Naciones Unidas.

En el futuro inmediato, la supremacía militar de EUA es incontestable. Y sin embargo, la mera magnitud de su gasto militar puede provocar que Estados Unidos se haga a sí mismo lo que se ha dicho el Presidente Reagan le hizo a la Unión Soviética: provocar su colapso a consecuencia de gastar por encima de sus posibilidades. La prudencia del discurso de despedida a la Nación del Presidente Eisenhower resulta cada vez más evidente, cuando emitió una advertencia sobre el creciente poder de lo que llamó el ‘complejo industrial militar’. Hoy en día, da la impresión de que los intereses de la industria militar se han adueñado del gobierno norteamericano. Sus actividades parecen caminar exactamente en el sentido opuesto al requerido para un proceso civilizatorio mundial. Es cierto que los norteamericanos no son los únicos proveedores de armas de las regiones del mundo afectadas por la violencia, pero sí son los más importantes. Los suministros de armas parecen ser frecuentemente utilizados para enfrentar entre sí a diversas fuerzas armadas, como en el actual caso de incitación al conflicto armado entre los Sunni y los Shia (e incluso entre facciones rivales de los Shia). Tales tácticas de *divide y vencerás* responden a los intereses de corto plazo de Estados Unidos, pero apuntan exactamente en sentido contrario al requerido para un proceso civilizatorio de largo plazo²².

Hay otras muchas razones para dudar del éxito de la actual estrategia desplegada por Estados Unidos para lograr la pacificación mundial. La primera es que el resto del mundo inevitablemente resentiría estar unilateralmente dominado por un sólo poder monopólico, del que no tiene ningún control democrático efectivo (La democracia lle-

22. Una versión algo más pacífica de tales tácticas, a la que Elias denominó ‘mecanismos reales’ (2000, pp. 312–344) y que jugó un significativo papel en el proceso de formación del Estado, la podemos encontrar en la forma como los gobernantes centrales respaldan al segundo grupo social más fuerte contra el primero, el cual constituye un mayor peligro para su autoridad. Y de hecho, aunque tales tácticas han sido utilizadas con frecuencia por parte de Estados Unidos en la edificación de su poder mundial, en su forma violenta son contraproducentes.

gará demasiado tarde o no llegará del todo al Imperio Norteamericano). Antiimperialistas norteamericanos, como Mark Twain y Carl Shurz plantearon lo mismo hace un siglo. Afirmaron que Estados Unidos no podría, a largo plazo, controlar a la gente de sus colonias sin otorgarle representación política. Tendría que dársele, ya sea su independencia, ya la ciudadanía y el derecho a votar. Hoy, el dominio de Estados Unidos es mucho más extenso. Bajo estas circunstancias, después de todo, los gobiernos norteamericanos podrían poco a poco tomar esta decisión, el camino más prudente podría ser utilizar la estructura de la Naciones Unidas.

Pero, demos un paso atrás y alejémonos de estas cuestiones de la política de poder y de las relaciones internacionales, y enfoquémonos en un aspecto más específicamente sociológico del problema: la percepción errónea que los norteamericanos tienen, tanto de sí mismos colectivamente, como del mundo más allá de las fronteras de su país. Sostengo que tales percepciones están relacionadas con el viraje de largo plazo en las relaciones de poder entre Estados Unidos y el resto del mundo. Cuando alguien goza de una ventaja significativa de poder, ello afecta en formas bastante específicas la manera de percibirse a sí mismo y a los demás. Esto puede observarse a cualquier nivel, desde el microcosmo social —por ejemplo, la pareja en un matrimonio— hasta el macrocosmos de las relaciones internacionales. Van Stolk y Wouters (1987) descubrieron que las mujeres en busca de protección de sus parejas violentas, ponían más atención en sus hombres de lo que éstos en ellas, estando las mujeres mucho más en sintonía con los deseos de su pareja, que los hombres con los de ellas. Cuando se les preguntaba a las mujeres que realizaran un boceto para el estudio de la personalidad de su pareja, podían hacerlo con una considerable precisión, en tanto que los hombres no eran capaces de describir a sus esposas salvo mediante clichés aplicables a la mujer en general. Parece ser una característica general de las relaciones desiguales de poder, que la parte débil ‘entiende’ mejor a la fuerte que al revés. Siendo un inglés nato residiendo en Irlanda, me resulta evidente que los irlandeses tienen un conocimiento más detallado e informado sobre su más poblada y poderosa isla vecina, así como sobre los asuntos y la gente inglesa; en contraste, los ingleses tienden a saber muy poco de la política irlandesa y de pensar en “*La otra isla de John Bull*” a través de estereotipos totalmente obsoletos. Miles de millones de personas educadas fuera de Estados Unidos saben muchas cosas sobre este país: su constitución, su política, sus modales y su cultura, todo lo cual está considerablemente a la vista del resto del mundo, pero como a través de un vidrio polarizado.²³

La enorme superioridad de Estados Unidos parece funcionar algo así como un hoyo negro al revés: una enorme cantidad de encuestas indican que un gran porcentaje de norteamericanos no ven hacia afuera de su país con claridad, y tienden a pensar en el mundo exterior, si acaso, en formas estereotipadas e incluso maniqueas. Gore Vidal ha señalado

23. Estoy en deuda con Johan Goudsblom (1986) por la analogía del vidrio polarizado.

que siempre hay ‘a sólo un paso, un terrible enemigo externo listo para hacernos explotar en la noche por el odio que guarda hacia nuestra bondad y nuestro aspecto rollizo y rubicundo’ (2006, p. 6). Hay todavía un déficit en autocomprensión colectiva que el historiador David Potter observaba en los años 60. Él señalaba que era un ‘curioso destino’ el de Estados Unidos, tener una enorme influencia en el mundo moderno ‘sin él mismo entender del todo la naturaleza de esta influencia’.

En el siglo xx Estados Unidos desarrolló la que probablemente haya sido la primera sociedad de masas, pero el culto norteamericano al individualismo y la igualdad impidió a los estadounidenses analizar su sociedad de masas en forma realista. Con frecuencia la tomaban como si se tratara simplemente de la suma infinita de calles principales en Zenith, Ohio (Potter, 1968, p. 136).

Lo que finalmente me lleva de regreso a los tres mitos interrelacionados que anteriormente mencioné: el carácter esencialmente europeo de Estados Unidos; el ‘excepcionalismo’ norteamericano; y, la inherente bondad de Norteamérica. Una mirada más realista nos lleva a que el desarrollo de la sociedad-Estado norteamericana contiene su mezcla particular de ingredientes, pero, igualmente, grandes similitudes con los procesos que se han desplegado en muchos otros países, y ninguno tiene ni más ni menos que su buena ración de virtud moral.

Cada uno de los tres mitos, no obstante, es mantenido por la actual posición de poder dominante de Estados Unidos en el mundo. A principios de la colonización europea, pensando en el potencial de la supuesta fragosidad existente, John Locke señaló ‘Así, en sus inicios, todo el mundo era América’ (1960 [1690]: Segundo Tratado, Sec. 49). A partir de entonces los enormes logros de Estados Unidos —en tecnología, ciencia, gobierno y cultura— han contribuido a transformar el mundo, muchas veces para bien. En ocasiones parece que también final, todo el mundo será América.

Y sin embargo, en el mundo hay mucha gente que ve tal perspectiva con turbación. Al menos habría de decirse que los norteamericanos necesitan adoptar una mirada más crítica de sí mismos y de su sociedad. Pero el retrato tan emotivamente cargado de sí mismos y de su país que tienen —productos, digámoslo una vez más, de su éxito y poder— lo hacen muy difícil. Incluso un buen número de ciudadanos norteamericanos que se sienten incómodos por el rol de Estados Unidos en el mundo, y que tienen algún acceso al retrato que otros se hacen de su país, encuentran con mucha frecuencia emocionalmente difícil aceptar la crítica que los otros les dirigen.

Tal situación no carece de peligros. La reacción de Estados Unidos a los ataques del 2001 a Nueva York y Washington, hoy mejor conocidos como ‘9/11’ puede entenderse en términos de lo que Tom Scheff’s (1994) conceptualizó como ‘espirales de vergüenza-ira’. El propósito de tales ataques, por encima de cualquier otro, fue el de la humillación

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

nacional, lo que como era de esperarse detonó la rabia, lo que a su vez detonó una agresión salvaje llena de fantasía. El problema es que el poder de Estados Unidos en el mundo ha probablemente alcanzado su punto más alto, y es probable que sufra más humillaciones nacionales en el transcurso de las siguientes décadas, con el consecuente riesgo de más episodios irresponsables de su parte. ¿Tendrá el mundo que aprender a manejar el peligro planteado por un Estados Unidos enfurecido? Y de ser así, ¿cómo?

Bibliografía

- Atkinson, A. B. and Piketty, T. (Eds.) (2007). *Top Incomes over the Twentieth Century: A Contrast between Continental European and English-Speaking Countries*. Oxford: Oxford University Press.
- Blanden, J. P. Gregg, and Machin, S. (2005). *Intergenerational Mobility in Europe and North America: A Report supported by the Sutton Trust*. London: Centre for Economic Performance, London School of Economics.
- Bourdieu, P. (1984). *Distinction*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Bowman, S. D. (1993). *Masters and Lords: Mid-Nineteenth Century United States Planters and Prussian Junkers*. New York: Oxford University Press.
- Brown, R. M. (1975). *Strain of Violence: Historical Studies of American Violence and Vigilantism*. New York: Oxford University Press.
- Eisenhower, D. D. (1961). Farewell Address to the Nation, 17 January. In: *Public Papers of the Presidents of the United States*. Washington, DC: United States General Printing Office, 1960, pp. 1035–1040.
- Eisner, M. (2005). *Modernity Strikes Back? The Latest Increase in Interpersonal Violence (1960–1990) in a Historical Perspective*. Paper presented at the Fourth Workshop on Interpersonal Violence. Erasmus Universiteit Rotterdam.
- Elias, N. (1978 [1969]). *What is Sociology?* (Translated by Stephen Mennell and Grace Morrissey). London: Hutchinson. [Volume 5 of the Collected Works of Norbert Elias. Dublin: UCD Press, forthcoming]
- Elias, N. (1991). *The Society of Individuals*. Oxford: Blackwell. [Volume 10 of the Collected Works of Norbert Elias. Dublin: UCD Press, forthcoming].
- Elias, N. (1996). *The Germans: Studies of Power Struggles and the Development of Habitus in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. Cambridge: Polity Press [Studies on the Germans, Volume 11 of the Collected Works of Norbert Elias. Dublin: UCD Press, forthcoming].
- Elias, N. (2000 [1939]). *The Civilising Process* (Revised Edition). Oxford: Blackwell. [to be published under the title *On the Process of Civilisation*, Volume 3 of the Collected Works of Norbert Elias. Dublin: UCD Press, forthcoming].

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 4

JULIO-DICIEMBRE | 2009

ISSN 1870 6932

- Elias, N. (2006 [1969]). *The Court Society* (Collected works, Volume 2) Dublin: UCD Press.
- Elias, N. (2008 [1962]). National peculiarities of British Public Opinion. In: Norbert Elias, *Essays on Civilising Processes, State Formation and National Identity* (Dublin: UCD Press [Collected Works, Vol. 15]).
- Elias, N. and J. L. Scotson (2008 [1965]). *The Established and the Outsiders* (Collected Works Volume 4). Dublin: UCD Press.
- Gordon, J. S. (1998). *Hamilton's Blessing*. New York: Penguin.
- Goudsblom, J. (1986). Dutch Sociology in the 1950s: A View from Behind the One-Way Mirror. In: R. Kroes and M. van Rossum (Eds.), *Anti-Americanism in Europe*. Amsterdam: Free University Press, pp. 112–120.
- Grant, U. S. (1885). *Personal Memoirs of Ulysses S. Grant*. New York: Smithmark.
- Gurr, T. R. (1981). Historical Trends in Violent Crime. *Crime and Justice: An Annual Review of Research*, 3, 295–353.
- Huntington, S. P. (1999). *The Clash of Civilizations*. New York: Simon & Schuster.
- Johnson, C. (2004). *America's Empire of Bases*. www.tomdispatch.com. Consulted: 15 January 2009.
- Jones, C. A. (2007). *American Civilization*. London: Institute for the Study of the Americas.
- Kaplan, R. D. (2005). *Imperial Grunts*. New York: Random House.
- Lane, R. (1997). *Murder in America*. Columbus, OH: Ohio State University Press.
- Locke, J. (1960 [1690]). *Two Treatises of Government*. New York: Mentor.
- Mandelbaum, M. (2006). *The Case for Goliath: How America acts as the World's Government in the Twenty-First Century*. New York: Public Interest.
- Mann, M. (2003). *Incoherent Empire*. London: Verso.
- Martineau, H. (1837). *Society in America*, 3 vols. London: Saunders & Otley.
- Martineau, H. (1969 [1838]). *Retrospect of Western Travel*, 2 vols. New York: Haskell House.
- McPherson, J. M. (1990). *Abraham Lincoln and the Second American Revolution*. New York: Oxford University Press.
- Mennell, S. (2007). *The American Civilizing Process*. Cambridge: Polity Press.
- Messner, S. F., R. D. Baller, and M. P. Zevenbergen (2005). The Legacy of Lynching and Southern Homicide. *American Sociological Review*, 70, 4, 633–55.
- Nevins, A. (ed.) (1948). *America through British Eyes*. New York: Oxford University Press.
- Pettit, B. and B. Western (2004). Mass Imprisonment and the Life Course: Race and Class Inequality in US Incarceration. *American Sociological Review*, 69, 2, 151–169.
- Potter, D. M. (1968). Civil War. In: C. Vann Woodward (Ed.), *The Comparative Approach to American History*. New York: Oxford University Press, pp. 135–145.
- Ribeiro, Darcy (1971). *The Americas and Civilization*. London: George Allen & Unwin.
- Roosevelt, T. (1995 [1889–99]). *The Winning of the West*, 4 vols. Lincoln, NE: University of Nebraska Press.

- Scheff, T. J. (1994). *Bloody Revenge: Emotions, Nationalism and War*. Boulder, CO: Westview.
- Scowcroft, B. (2007). The Dispensable Nation? *International Herald Tribune*, 7 August.
- Spierenburg, P. (2006). Democracy came too early: A Tentative Explanation for the Problem of American Homicide. *American Historical Review*, 111, 1, 104–114.
- Stannard, D. E. (1992). *American Holocaust*. New York: Oxford University Press.
- Stearns, P. N. (1989). *Jealousy: The Evolution of an Emotion in American History*. New York: New York University Press.
- van Stolk A. en C. Wouters (1987). *Vrouwen in tweestrijd*. Deventer: Van Loghum Slaterus.
- Tocqueville, A. de (1961[1835–40]). *Democracy in America*, 2 vols. New York: Schocken.
- Vidal, G. (2004). *Imperial America: Reflections on the United States of Amnesia*. London: Clairview.
- Wacquant, L. (2004). Decivilising and Demonising: The Remaking of the Black American Ghetto. In: S. Loyal and S. Quilley (Eds.), *The Sociology of Norbert Elias*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 95–121.
- Weber, M. (1978 [1920]). *Economy and Society*, 2 vols. Berkeley, CA: University of California Press.
- Winthrop, J. (1994 [1630]). A Modell of Christian Charity. In: G. Gunn, (ed) *Early American Writing*. New York: Penguin, pp. 108–12.
- Wouters, C. (2004) *Sex and Manners: Female Emancipation in the West, 1890–2000*. London: Sage.
- Wouters, C. (2007) *Informalization: Manners and Emotions since 1890*. London: Sage.
- Wyatt-Brown, Bertram (1982) *Southern Honor: Ethics and Behavior in the Old South*. New York: Oxford University Press.
- Zimmerman, W. (2002) *First Great Triumph: How Five Great Americans made their Country a World Power*. New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Zimring, F. E. (2003) *The Contradictions of American Capital Punishment*. New York: Oxford University Press.
- Zimring, F. E. and G. Hawkins (1997) *Crime is Not the Problem: Lethal Violence in America*. New York: Oxford University Press.

Nota biográfica

Stephen Mennell es Profesor de Sociología en el University College Dublin, Irlanda, miembro de la Royal Irish Academy y miembro extranjero de la Royal Netherlands Academy of Art and Sciences. Es igualmente miembro del Consejo de la Norbert Elias Stichting, en Amsterdam. Escribió un estudio clásico sobre el trabajo de Elias (*Norbert Elias: An Introduction*, revised edition Dublin: UCD Press, 1998) y es Editor General de las Obras Completas de Norbert Elias en inglés, en vías de publicación por la UCD Press. Su trabajo más reciente se titula *El proceso civilizatorio Americano (The American Civilizing Process)* (Cambridge: Polity, 2007)).